



# Revista Venezolana de Orientación

CARACAS  
APARTADO 628

AÑO 20 - N.º 196  
JUNIO, 1957

En Iberoamérica se libra hoy una de las grandes batallas de la historia de la Iglesia Católica. Tal vez no lo adviertan los espectadores frívolos; pero su estruendo se refleja en repetidas manifestaciones del Santo Padre, atalaya de autoridad excepcional por sus medios insuperables de información, y sus dotes providenciales de perspicacia, preocupación paterna y celo apostólico. Quien lea con asiduidad sus Mensajes y Allocuciones sorprenderá en ellos un esfuerzo persistente por llamar la atención hacia el frente iberoamericano. Sin embargo, sólo escasos observadores han penetrado, por ejemplo, la trascendente intención que tenía en la estrategia pontificia la Conferencia Episcopal Iberoamericana, celebrada en Río de Janeiro con ocasión del último Congreso Eucarístico Mundial.

Es justísima esa preocupación pontificia. Iberoamérica constituye el mayor bloque católico del mundo: 22 millones de kilómetros cuadrados: una extensión doble de Europa. Veinte naciones católicas, con un total de 170 millones de miembros de la Iglesia: bastante más que un tercio de toda la población católica del mundo.

Población católica en período de impresionante crecimiento. En siglo y medio, de 1880 a 1950, la población del Asia se ha duplicado; la población de Europa se ha triplicado; la población de América se ha multiplicado por ocho. Paralela corre, sin duda, su transformación económica y cultural. Si convulsiones mundiales —difícilmente previsibles— no entorpecen violentamente su desarrollo normal, Iberoamérica será al final del siglo veinte —frente a Estados Unidos, Rusia Soviética, China, Indostán, Islan e Israel— uno de los bloques económicos y sociales más importantes del mundo.

¿Será también un bloque católico?

Una grieta peligrosa.

Hoy, mucho más del noventa por ciento de su población es católica. Un siglo largo de liberalismo racionalista y de dictadura masónica no ha bastado para extinguir la llama de su fe cristiana, prendida en el Nuevo Continente por dos pueblos de excepcionales méritos misionales: España y Portugal.

Pero advertimos con alarma que al catolicismo iberoamericano le llega su prueba de fuego. Mucho más que el peligro protestante —nada despreciable por lo que tiene de esterilizante y desorientador— amenaza a Iberoamérica el materialismo: el materialismo positivista burgués, importado de Norteamérica; y el materialismo marxista que agosta desoladoramente la fe de las masas obreras. En Iberoamérica llega la hora de una prueba, que muchas naciones de Europa han superado ya, no sin graves quiebras: la hora de discutir la fe heredada, de conservarla por haberla estudiado y aceptado conscientemente, o de

**VOCACIONES  
SACERDOTALES,  
PRIMER  
OBJETIVO**

caer en una vida de paganismo materialista; un paganismo, cuya filosofía sería un edonismo práctico, que sólo valora lo inmediatamente útil y agradable: el placer.

En acción conjunta: la escuela laica; el desenfreno de las costumbres; la libertad de los espectáculos públicos y los órganos de publicidad: prensa, cine, radio, televisión... con efectos desoladores en el hogar y en el pudor de la mujer cristiana; y el materialismo marxista, envenenando las justísimas campañas de las reivindicaciones sociales, llevan en germen un huracán de paganismo, que Iberoamérica deberá resistir y superar, si quiere conservar uno de sus tesoros fundamentales: la fe católica.

¿Está Iberoamérica preparada para esa batalla? ¿No se corre el riesgo de que en unos decenios nos convirtamos, como Francia, en tierra de misión; y en misión doblemente dura por su carácter de reconquista?

Nosotros advertimos en el bloque católico iberoamericano una grieta peligrosa: la exigüedad de su clero, cuando precisamente los fieles se enfrentan al examen de su fe, discutida desde la escuela, la prensa, los órganos de publicidad y las organizaciones marxistas. ¡En este momento es doblemente trágica la escasez de vocaciones sacerdotales!

Un solo dato estadístico basta, por otra parte, para revelar su gravedad. Iberoamérica posee más de un tercio de toda la población católica del mundo y cuenta con 33.772 sacerdotes. El resto del mundo católico —escasamente dos tercios— cuenta con 336.000 sacerdotes. Es decir, el resto del mundo católico cuenta con un sacerdote para cada 895 fieles. Iberoamérica —en el momento crucial de su crecimiento demográfico y el choque violento de la cultura cristiana y pagana— sólo cuenta con un sacerdote para cada 4.589 católicos.

Peligro previsto, peligro superable.

Afortunadamente la situación crucial del catolicismo iberoamericano es ya conocido: por el Romano Pontífice; por muchos de sus Jérrarcas eclesiásticos; por el sector más advertido de los pensadores católicos. Sería conveniente que la conocieran los que desde Europa y Estados Unidos pueden prestarnos valiosísima ayuda.

Ha sido también delatada la grieta inquietante del bloque católico iberoamericano: la escasez de sacerdotes y la penuria de vocaciones religiosas. Y se ha abordado el tema valientemente. El Cardenal Piazza formulaba ante la Conferencia Episcopal Iberoamericana de Río de Janeiro, y su voz era —por su investidura de Delegado Pontificio— expresión directa del pensamiento de Pío XII: “No es lícito opinar que la América Latina (Iberoamérica) posee una menor fertilidad o que ha cesado la inspiración celestial del Espíritu Santo, que mueve hacia el estado sacerdotal”.

Estas palabras suenan a grito de combate y a consigna estratégica. En la gran batalla que el catolicismo libra en el frente iberoamericano el Papa señala el objetivo número uno: el fomento de las vocaciones sacerdotales.

Hay, sin duda, un fondo de verdad en el “círculo vicioso” tan repetidamente evocado por los pesimistas: No hay sacerdotes, porque no hay vocaciones sacerdotales; y no hay vocaciones sacerdotales, porque no hay sacerdotes. Sin el cultivo espiritual del sacerdote, canal de la divina gracia, la vida cristiana de la familia será lánguida, y no se dará —sino en medida escasa— la flor de las vocaciones sacerdotales.

Ese “círculo vicioso” se rompe por dos flancos: importando temporalmente sacerdotes de países mejor provistos: España, Bélgica, Italia; y cultivando con especial empeño, y si fuera preciso aun con merma de otras actividades, las vocaciones sacerdotales en nuestra juventud.

Consoladora perspectiva venezolana.

No es precisamente brillante, por su número, el clero venezolano. Conta-

mos con un sacerdote por cada 4.794 fieles. Nuestra posición entre las naciones iberoamericanas ha pasado, sin embargo, a ser intermedia entre Guatemala la peor dotada, con un sacerdote para cada 11.926 católicos; y Ecuador, la mejor dotada, con un sacerdote para cada 2.818 fieles.

Recordemos, asimismo, que hace un decenio contábamos con un sacerdote para cada 10.000 católicos. En los últimos años se ha duplicado nuestro clero secular y regular; y los seminarios han recibido un impulso esperanzador.

En primer término, el Seminario de Caracas, que —como fruto de una amplia e inteligente propaganda— cuenta con nuevas promociones nutridísimas en los primeros cursos de la carrera eclesiástica. Casi en todas las diócesis se han erigido edificios espléndidos para Seminarios; y comienzan a dar fruto los cursos mayores de las diócesis de San Cristóbal, Mérida y Barquisimeto.

En Venezuela se recibe la impresión consoladora de que valoró la importancia del problema; y hay voluntad contundente de resolverlo.

Cultura y vocaciones sacerdotales corren paralelas.

La Iglesia Católica, madre de la cultura occidental, nunca ha temido sus progresos. Es preocupación superada, cuando no ignorancia pueril, señalar contradicciones entre la ciencia y la fe; cuando por ciencia no se entienda barniz superficial de cultura, y por fe, superstición.

Las naciones más cultas del mundo son las que cuentan con mayor número de vocaciones sacerdotales: Alemania, Bélgica, Holanda, Italia, Francia, Estados Unidos... tienen más de un sacerdote por cada 1.000 católicos.

Estados Unidos alcanzaba en 1790 sólo a 34 sacerdotes para 35.000 católicos; en 1900, 11.636 sacerdotes para 10.129.000 católicos; en 1956, 48.349 sacerdotes para 33.574.000 católicos. Es decir, 690 católicos por cada sacerdote.

Un documentado artículo sobre las vocaciones sacerdotales en 38 High Schools de los Padres Jesuitas norteamericanos nos revela que en los últimos cinco años han dado 5 vocaciones sacerdotales por cada 100 bachilleres. Y estampa esta reflexión: Uno de los factores que favorecen esta floración de vocaciones sagradas es el que de un millón de jóvenes norteamericanos, 900.000 hacen el bachillerato: período escolar especialmente propicio para la germinación, desarrollo y maduración de las vocaciones religiosas y sacerdotales. En Iberoamérica tal vez sólo cien mil entre un millón de jóvenes hace el bachillerato. Se disminuye en nueve una de las oportunidades del florecimiento vocacional. Pero esta dificultad es temporal, y se está en vías de muy próxima superación.

El próximo 9 de junio celebra Venezuela el Día de las vocaciones sacerdotales y religiosas: el "Día del Seminario". Las oraciones de los fieles y la propaganda técnica que se viene realizando con esa oportunidad, son garantía de un germinar esperanzador de vocaciones sagradas y de una cosecha no lejana de muchos y santos sacerdotes.

M. A. E.

